

Ante la duda, Cristo nos da paz y pruebas

Juan 20:19-31

Paz. Eso era algo que los discípulos ciertamente no tenían aquella primera noche de Pascua. Tenían preguntas, inquietudes, temores. ¿Pero la paz? No, no tenían paz. Estaban sentados acurrucados, encerrados en una habitación interior, prófugos. Su Maestro, Jesús, estaba muerto, ejecutado en una cruz romana. Y ahora el miedo los tenía en sus garras heladas. Así que, sin líder, esta pequeña banda se escondió en las entrañas de Jerusalén para esperar a que pasara la tormenta. Este no era un momento pacífico para ellos.

Pero más que paz mental, los discípulos también carecían de paz espiritual. Recuerden, fue hace solo cuatro días cuando vieron a la turba que venía a arrestar a Jesús, y se dispersaron como las ovejas que eran. Habían abandonado a su Maestro. De los tres que fueron lo suficientemente valientes como para seguir a la multitud, uno huyó desnudo a su casa, y el otro terminó negando que siquiera conocía a Jesús. Mientras Jesús colgaba en la cruz, solo uno de esos discípulos se atrevió a ir y unirse a las mujeres en el Calvario. La vergüenza pesaba sobre sus hombros, la culpa pesaba sobre sus corazones. No, no había paz para ellos, solo dolor y culpa.

Pero entonces, algo sorprendente sucedió. Nuestro texto dice: "**La noche de ese mismo día, el primero de la semana, los discípulos estaban reunidos a puerta cerrada en un lugar, por miedo a los judíos. En eso llegó Jesús, se puso en medio...**". De repente, el hombre a quien habían abandonado a la crucifixión y a la muerte se presentó ante ellos. Simplemente apareció justo en medio de su grupo.

Cuando nuestro Salvador se paró frente a los incrédulos discípulos, abrió la boca y les habló sus primeras palabras desde Su resurrección. Palabras tan reveladoras son: **...les dijo: «La paz sea con ustedes.»**

¡Piénsenlo! ¡Qué palabras tan maravillosas salieron de la boca de nuestro Salvador! A sus discípulos afligidos y llenos de culpa, Jesús les dice estas palabras de perdón y absolución. No habla de su abandono; no menciona su miedo por sus propias vidas. No, más bien, les ofrece la rama de olivo del Evangelio, les ofrece la paz.

Pero eso no fue suficiente para los discípulos. ¿Alguna vez has lastimado realmente a alguien, y más tarde, cuando te disculpas, te dicen: "No te preocupes"? Sin embargo, en el fondo, te preguntas qué están pensando realmente, te preguntas si realmente te perdonarán y olvidarán... ¿Cómo podía Jesús olvidarse de lo que habían hecho estos discípulos? ¿Cómo podría Jesús olvidarse de todo lo que hemos hecho?

Esa es exactamente la razón por la que Jesús fue más allá de solo ofrecer esta palabra de paz. No se limitó a decir: "¡No te preocupes!". Veamos el siguiente versículo de nuestro texto: **Y mientras les decía esto, les mostró sus manos y su costado.** Después de ofrecerles el perdón, Jesús levanta las manos para mostrar los agujeros abiertos por los pesados clavos. Se retira la camisa, para señalar el corte en su costado por la puñalada de una lanza romana.

Los señaló, para mostrar a su iglesia que les había proporcionado el gran regalo de la paz. Porque estas eran las gloriosas marcas que significaban la obra que había venido a hacer. A través de sus manos traspasadas y su costado desgarrado, Cristo había provisto el pago por el pecado. Todo, para que no dudemos. Jesús nos dice a cada uno de nosotros: "¡Mira mis manos y mi costado! Yo pagué por tu pecado; perdoné tu pecado. ¡No lo dudes! Más bien, ¡que tengas paz!"

La verdadera paz no proviene de la superación personal. La verdadera paz no viene de tratar de mejorar. La verdadera paz no viene de negociar con Dios, diciéndole que ahora, ahora serás el hijo que él siempre quiso. Porque cuanto más tiempo paso mirando mi vida, más me susurra la conciencia al oído. Los susurros que dicen: "¡No vives una vida muy buena! ¿Crees lo suficiente? ¿Es tu fe lo suficientemente fuerte?"

A través de todo eso, ¿dónde está mi enfoque? Paso mi tiempo mirándome el ombligo cuando mi vista debería estar fija en la cruz. ¡Mira a Cristo! Cuando sus discípulos estaban atormentados por la culpa y la duda, él les mostró sus manos traspasadas y su costado desgarrado. El punto, amigos míos, es mirar la cruz y decir: "Dejen de mirarse a sí mismos. ¡Tu salvación no tiene nada que ver contigo! ¡Tiene todo que ver con Cristo! ¡Miren la cruz, porque allí murió su Salvador para que ustedes pudieran vivir! Mira sus manos y su costado, y ten paz, tus pecados te son perdonados".

Resultó que uno de los discípulos, llamado Tomás, estaba ausente en esa primera noche de Pascua. Cuando regresó con los discípulos, se encontró con un grupo cambiado. Todos se acercaron a él y le dijeron: «**¡Hemos visto al Señor!**»

Tomás, sin embargo, no estaba dispuesto a dejarse convencer tan fácilmente. Nuestro texto nos dice que los discípulos seguían diciéndole que Jesús había resucitado, y sin duda le contaron los relatos de María Magdalena que había visto a Jesús en el sepulcro; las mujeres, que lo habían adorado en el camino; los discípulos que viajaron con él hacia Emaús; Pedro, a quien se había aparecido el Señor; y más allá de todo eso, seguían diciéndole que Jesús había venido a todos ellos mientras estaban en la habitación cerrada en la noche de Pascua.

Pero Tomás, en su incredulidad, exigió más pruebas. No se dejaría arrastrar a esta farsa como los demás. No, el sabio y escéptico Tomás quería verlo por sí mismo. Asumió el lugar del incrédulo arrogante que condescendentemente desprecia a los creyentes como tontos crédulos. No era suficiente que estos otros hubieran visto lo que pensaban que era el Señor resucitado. No, tenía que verlo con sus propios ojos. Más que eso, no estaba dispuesto a dejarse engañar por una ilusión, necesitaba tocar a Jesús. No era suficiente que las mujeres, que habían adorado a Jesús en el camino, se hubieran aferrado a sus pies. No, Thomas necesitaba aún más que eso. En su incredulidad, exigió groseramente que a menos que pusiera sus dedos en los agujeros de los clavos en las manos de Jesús, y a menos que metiera su mano en la herida abierta en el costado de Jesús, ciertamente nunca creería.

¿Cuántas veces no hemos visto la misma actitud del mundo incrédulo de nuestros días? ¡Quieren pruebas! ¿Cuál es la frase común para esta generación pragmática? "Ver para creer". Eso resume acertadamente la mentalidad de Tomás. En su sabiduría y sentido común, había rechazado de plano la posibilidad de la resurrección.

A pesar de que cada una de las promesas de Cristo con respecto a su crucifixión se hizo realidad, Tomás no podía creer que una sola palabra sobre su resurrección lo haría.

Aunque fue por incredulidad que Tomás exigió pruebas, fue por amor que nuestro Señor proveyó la prueba exigida. Nuestro texto dice: **Ocho días después, sus discípulos estaban otra vez a puerta cerrada, y Tomás estaba con ellos. Estando las puertas cerradas, Jesús llegó, se puso en medio de ellos y les dijo: «La paz sea con ustedes.»**²⁷ Luego le dijo a Tomás: **«Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.»**

Imagínense la conmoción en la que se encontraba Tomás. Imagínense la culpa y la vergüenza que sintió porque no creía que su Señor pudiera vencer a la muerte. Pero, ¿cómo lo saluda Jesús? De nuevo dice: **"La paz sea con ustedes"**. De nuevo pronuncia estas palabras de gracia y perdón; De nuevo ofrece la paz de los pecados perdonados.

Pero Jesús tenía otra razón para venir esta noche. Había venido a ofrecer la prueba que Tomás le había exigido. Jesús sabía lo que Tomás había dicho, así que Jesús lo llamó: "¿Querías hacer algo con ese dedo tuyo? Bueno, tráelo aquí y toca mis heridas. Miren y vean la prueba que he dado. Solo deja de dudar y cree".

Frente a su glorioso Salvador resucitado, Tomás ya no necesitaba tocar esas preciosas heridas. No, en cambio, con fe miró a Jesús y le dio la confesión que merecía. Él dijo: **"Señor mío, y Dios mío"**.

Amigos míos, no fue solo por Tomás que Cristo vino esa noche. No, Jesús proveyó ese don de prueba para su iglesia. Tomás y los otros discípulos habían sido llamados por Cristo para ser testigos de su resurrección. Es por eso que se les apareció y les dio evidencia tangible del cumplimiento de sus promesas, para que pudieran ser testigos, en su época y para los siglos venideros.

Juan escribe: ³⁰ **Jesús hizo muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro.** ³¹ **Pero éstas se han escrito para que ustedes crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que al creer, tengan vida en su nombre.**

¡Este es su testimonio para ti y para mí! A través de los ojos de las Escrituras podemos ver a nuestro Señor resucitado; a través de sus dedos podemos tocarlo. ¡No seas como Thomas! No podemos escoger qué palabras y promesas de Dios queremos creer. Estas palabras fueron escritas por testigos oculares como un testimonio, como prueba de que Dios ha cumplido sus promesas. ¿Por qué? Para que **ustedes crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios.**

Cuando Cristo nació en Belén, la multitud de ángeles cantó su gloriosa canción a los pastores, la canción que decía: **"Paz en la tierra"**. Esa fue una promesa hecha. Cuando Cristo se levantó de la tumba, habiendo pagado por el pecado y vencido la muerte, se apareció a sus discípulos y les dijo: **"La paz sea con ustedes"**. Esa fue la prueba de la promesa cumplida.

¿Tienen alguna duda, amigos míos? ¡Abran las Escrituras y vean la prueba!

Jesús dijo a Tomás: **"«Tomás, has creído porque me has visto. Bienaventurados los que no vieron y creyeron.»"**

Cuán bendecidos somos, a quienes se nos ha dado el don de la paz y el don de las pruebas. Paz que calma nuestros corazones atribulados; las pruebas que cambian la duda por la confianza. La paz es tuya, Cristo lo ha demostrado. Amén.

Bosquejo del sermón

- I. Los discípulos no tenían paz.
 - a. Tenían preguntas, inquietudes, temores, pero no paz.
 - b. Después de morir Jesús, ahora se escondían en una habitación interior tras puerta cerrada.
 - c. Porque tenían miedo que iban a morir también.
- II. No solo carecían de paz mental, sino espiritual.
 - a. Cuando vinieron a arrestar a Jesús, los discípulos todos abandonaron a su maestro.
 - b. De los tres que le siguieron después, uno huyó desnudo, otro (Pedro) negó a Jesús.
 - c. Solo uno, Juan, estuvo al pie de la cruz con las mujeres.
 - d. No tenían paz, sentían el peso de culpa y vergüenza por fallar a Jesús.
- III. Pero luego, algo sorprendente les pasó.
 - a. **La noche de ese mismo día, el primero de la semana, los discípulos estaban reunidos a puerta cerrada en un lugar, por miedo a los judíos. En eso llegó Jesús, se puso en medio...**
 - b. El hombre que habían abandonado a la muerte, apareció frente a ellos.
 - c. Les habló palabras maravillosas: **La paz sea con ustedes.**
 - i. Para discípulos afligidos y llenos de culpa, Jesús les dio palabras de perdón y absolución.
 - ii. No menciona su fracaso; les da el Evangelio de paz y perdón.
- IV. Pero eso no era suficiente para los discípulos; necesitaban pruebas.
 - a. A veces, cuando lastimamos a alguien, nos dicen, "No te preocupes..." pero quedamos con duda. ¿Realmente me perdonó?
 - b. Ellos seguro tenían dudas, igual que nosotros - ¿Cómo podría olvidarse Jesús de todo lo que hemos hecho?
 - c. Por eso, no solo se limitó a sus palabras de paz: **Y mientras les decía esto, les mostró sus manos y su costado.**
 - d. Nos muestra las pruebas que ganaron la paz por nosotros.
 - i. Las marcas en sus manos, pies, costado, de su sufrimiento en la cruz.
 - ii. Ese sufrimiento pagó por nuestros pecados, nos ganó la paz con Dios.
 - e. Todo para que no dudemos: "¡Mira mis manos y mi costado! Yo pagué por tu pecado; te perdoné. No dudes, sin que tengas paz."
- V. La verdadera paz viene de Cristo.
 - a. No viene de la superación personal o tratar de ser mejor o negociar con Dios.
 - i. Porque más que tratemos, la conciencia sigue acusando: ¿Hiciste suficiente?
 - ii. Y así el enfoque soy yo mismo, en vez de la cruz, y aumentan las dudas.
 - b. Cristo nos muestra las pruebas para sacarnos de duda.
 - i. Cuando somos atormentados por la culpa, nos muestra las heridas que compraron nuestra perdón.

- ii. Tu salvación no tiene nada que ver con lo que tu hagas, sino lo que Cristo hizo.
 - iii. Miren a Cristo, y ten paz, tus pecados son perdonados.
- VI. Tomás siguió con dudas.
 - a. No estaba presente cuando Jesús apareció a los demás.
 - b. A pesar de decirle que vieron al Señor, Tomás no se dejó convencer.
 - i. Exigió más pruebas.
 - ii. Tenía que ver, tocar para creer.
 - c. ¿Cuántas veces hemos visto lo mismo del mundo incrédulo hoy?
 - d. Tomás por incredulidad exigió pruebas...
- VII. Pero Jesús por amor nos las dio.
 - a. **Ocho días después, sus discípulos estaban otra vez a puerta cerrada, y Tomás estaba con ellos. Estando las puertas cerradas, Jesús llegó, se puso en medio de ellos y les dijo: «La paz sea con ustedes.» Luego le dijo a Tomás: «Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.»**
 - b. Imaginen la culpa y vergüenza que Tomás sintió por no haber creído.
 - c. Pero Jesús de nuevo le saluda con "La paz sea con ustedes." De nuevo le ofrece perdón para sus pecados.
 - d. Pero también le dio a Tomás las pruebas que buscaba.
 - e. Le invitó a tocar sus heridas con sus manos y dedos.
 - f. Frente a la prueba, Tomás creyó: **Señor mío y Dios mío.**
- VIII. No solo por Tomás les dio esas pruebas, sin para nosotros también.
 - a. Estos discípulos iban a ser testigos de la resurrección para los siglos venideros.
 - b. **Jesús hizo muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro.** ³¹ **Pero éstas se han escrito para que ustedes crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que al creer, tengan vida en su nombre.**
 - c. Su testimonio es para ti y para mí.
 - i. A través de la Biblia, vemos a Jesús resucitado.
 - ii. A través de los dedos de ellos, tocamos sus heridas.
 - iii. No sean cómo Tomás; el testimonio de estos testigos oculares es para que **ustedes crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios.**
- IX. Cuan bendecidos somos que tenemos el don de la paz y el don de las pruebas.
 - a. Cuando nació en Belén Jesús, los ángeles prometieron "paz en la tierra."
 - b. Aquí la promesa cumplida; Cristo, habiendo pagado por el pecado y vencido la muerte, dice "La paz sea con ustedes."
 - c. ¿Tienen alguna duda de esto? Abran las Escrituras y vean la prueba.
 - d. Jesús dijo: **Tomás, has creído porque me has visto. Bienaventurados los que no vieron y creyeron.».**
 - e. Cuan bienaventurados somos, porque Jesús nos da paz y pruebas.
 - i. Paz que calma nuestros corazones atribulados.
 - ii. Pruebas que cambian la duda por la confianza.